

trêve de Dieu souligna le caractère sacré de certains jours pendant lesquels la guerre privée ("faida") restait interdite. En créant un "temps sacré" et une sorte de tabou chronologique, la trêve demanda aux *milites* une renonciation à l'usage de leurs armes pendant ces périodes sacralisées : une ascèse (p. 186). Force est de constater avec l'auteur que l'Eglise ne voulait pas abolir la *militia*, car elle aussi en avait besoin et recrutait des hommes (cf. les exemples pp. 188-192). Elle ne condamna que ceux qui représentaient un danger pour la société chrétienne. Les Croisades et la Reconquête en péninsule ibérique étaient des guerres sacralisées, des pèlerinages armés même, car les chevaliers devinrent *milites Christi* (p. 198).

Jean Flori développe nettement l'idée que la croisade même était une continuation de la paix de Dieu. La guerre à l'intérieur de la chrétienté était une activité coupable et périlleuse pour l'âme, tandis que la croisade exaltait le combat pour la libération de Jérusalem comme méritoire, cette dernière restait donc le seul moyen de faire la guerre.

La prescription de la paix de Dieu obtenait des chevaliers l'engagement de

ne pas s'attaquer aux églises, au clergé et aux personnes désarmées en général (p. 234). L'Eglise voulait soustraire aux violences des *milites* les populations désarmées (*inermes*), ce qui prouve qu'elle essaya d'éviter des luttes entre les ordres de la société tripartite. Celle-ci devait être unie et capable de se battre contre ses ennemis (p. 234).

Après une étude intitulée "chevalerie et littérature chevaleresque" Jean Flori dresse un bilan. Sa conclusion pose la question suivante: déclin de la chevalerie ou renaissance d'un mythe? L'auteur réfute l'idée d'un automne, d'un déclin du Moyen Age (Johan Huizinga) pour la chevalerie. On irait trop loin en parlant d'une dissolution de l'idéal chevaleresque à partir du XIVe siècle. Dans les ordres de Chevalerie, les lois de l'héraldique et les biographies chevaleresques, était présente l'idéologie chevaleresque qui attend d'être analysée. C'est pourquoi il y a là, selon l'auteur, "matière à un autre livre".

Eh bien, il a raison.

Thomas Gergen

GRANT, Michael, *From Rome to Byzantium. The fifth century AD*
London: New York. Routledge, 1998. 191p.

El autor lleva a cabo en esta obra un minucioso examen de la historia de Roma y Bizancio centrándose en el siglo V d.C. Michael Grant es autor de obras como *The Dawn of the Middle Ages* (Weidenfeld & Nicolson, 1981) o *The Fall of the Roman Empire* (Weidenfeld & Nicolson, 1996). El autor ya nos advierte desde un principio de los prejuicios culturales existentes respecto a Oriente y Occidente; esto es, la desvaloración que siempre ha otorgado la historiografía (ya

desde Gibbon en su *Decline and Fall of the Roman Empire*) a la parte oriental del imperio y a Bizancio así como al estudio del propio siglo V. En una palabra: la preferencia por el oeste ha sido siempre superior.

Una primera parte de la obra (capítulos 1-9) analiza el desarrollo histórico de la época: A partir del siglo III el imperio ya era demasiado grande y sus fronteras estaban tan amenazadas que no podían ser controladas desde un único

centro político-administrativo: Las nuevas circunstancias políticas y militares produjeron un continuo desplazamiento de la capitalidad de Roma a las zonas de frontera así como una división del imperio. El nuevo concepto imperial de defensa hizo más importantes que Roma ciudades como Milán, Verona, Aquilea i Augusta Trevirorum, siendo esta última capital de Constancio I Cloro. Constantino trasladó sus cuarteles a Sirmium y luego a Sárdica. El año 402 Honorio se establece en Rávena. La culminación de este proceso de traslado de capitalidad a otros nuevos centros fue, sin duda, la fundación de Constantinopla. El autor argumenta que la división del imperio, que dará lugar a la *pars occidentis* y a la *pars orientis*, puede tener ya su origen en las necesidades políticas y administrativas de la reforma diocleciana, con el establecimiento del gobierno tetrárquico. Después vendrá el plan dinástico de Constantino en 335, y, por fin, la partición de Teodosio I en 395.

Michael Grant analiza también con detalle la ciudad de Constantinopla, fundada por Constantino el año 324. Constantinopla estaba situada en un punto geográfico verdaderamente privilegiado, tanto comercial como militarmente: En el siglo V Asia Menor salió ilesa de la caída de Roma, permaneciendo el corazón del imperio oriental i el núcleo del poder bizantino durante centenares de años; como ha dicho el profesor Peter Brown: "la decadencia y caída del Imperio romano sólo afectó a la estructura política de las provincias occidentales del Imperio, mas dejó incólume la central energética cultural de la Antigüedad tardía, el Mediterráneo y el Próximo Oriente".

El autor plantea un par de ideas que constituyen, según mi opinión, dos piezas fundamentales en la "columna vertebral" de esta obra; son las siguientes: ¿por qué

el imperio occidental sucumbió y el imperio oriental no? ¿Qué significado histórico hay que otorgar al 476? Aparte de la derrota de los hunos de Atila en los Campos Cataláunicos (año 451), -sin olvidar la anterior desastrosa batalla de Adrianópolis (año 378)-, dos momentos que parecían anunciar el fin del imperio occidental (desde el punto de vista del elemento externo) fueron el saqueo de Roma por el godo Alarico (año 410) y el del vándalo Genserico en 455 en la misma ciudad, hasta llegar al capítulo del año 476 con Odoacro y Rómulo Augústulo. Italia había quedado bajo el control del rey germánico; las otras provincias occidentales bajo el poder de otros reyes *barbari*: la anterior forma romana de gobierno en Occidente había desaparecido. Mientrastanto, Zenón continuó gobernando en Constantinopla...

El debate, antiquísimo, sobre la naturaleza y las causas de la caída del imperio romano, se remonta al propio siglo V. El autor hace un repaso de todas las teorías y esgrime las suyas propias, destacando sobretudo los elementos económicos y los militares (ataques en las fronteras, el edicto de los oficios diocleciano, etc). Las diferencias a este respecto entre el este y el oeste eran considerables. Mientras que en Occidente el peso de la tasación i el papel de los curiales se hacían insoportables para el conjunto de la población, en la *pars orientis* se mantuvo una más importante actividad comercial y la riqueza no estuvo concentrada tan sólo en unas pocas manos como ocurrió en Occidente. La parte oriental era mucho más rica y estaba mucho mejor administrada que la occidental. La *pars orientis* era también más fuerte militarmente alejando muchas veces los ataques hacia el oeste.

La frontera oriental era, no obstante, especialmente peligrosa: al otro lado se extendía el imperio persa sasánida, si bien

durante la mayor parte del siglo V las relaciones con Persia permanecieron estables.

El Imperio oriental fue una fusión de las tradiciones romanas y helenísticas. La monarquía bizantina era un reino helenístico, con una Iglesia cristiana i una ley romana. Michael Grant repasa los emperadores y las emperatrices orientales que gobernaron a lo largo del siglo V: Arcadio, Teodosio II, Marciano, León I, Zenón I, Anastasio I... El emperador Zenón (años 474-491) emitió el *Henotikon* o edicto de la unión (año 482) para solucionar las disputas religiosas que estaban agitando al imperio bizantino, e intentar así llegar a una solución de compromiso con los monofisitas. También resulta especialmente interesante la paradigmática figura de Gala Placidia (años 388-450), no sólo por lo que se refiere a su personalidad política, sino también por su fuerte vinculación a la ciudad de Rávena y al programa constructivo impulsado allí por ella.

El siglo V fue un período de profunda controversia religiosa. Si bien Atenas había permanecido como la principal base de la tradición pagana, el imperio oriental fue un imperio cristiano, no libre de disputas religiosas entre las diversas sedes. Efectivamente, Constantinopla emergió a finales del siglo V como segundo centro de la Iglesia, después de Roma.

El principal debate teológico de la época (con todas sus implicaciones político-religiosas) estuvo centrado en la naturaleza de Cristo: el concilio de Éfeso (año 431) y el concilio de Calcedonia (año 451) fueron dos momentos de esta delicada disputa. Arrianismo, Nestorianismo y sobretudo Monofisismo se encontraban en el centro de este debate. Finalmente, el *Henotikon* fracasó.

La segunda parte de la obra (capítulos 10-12) trata las artes y las letras del siglo

V. La literatura de esta época (en particular la bizantina) no fue muy brillante, salvo las excepciones de San Agustín (autor de *La Ciudad de Dios*) y San Jerónimo (*La Vulgata*).

El siglo V, y tanto para el este como para el oeste, sí destacó sobretudo en arquitectura. Una arquitectura mayormente religiosa, abundante en construcciones eclesiásticas (*basilicae*, *martyria*). Se establece, pues, una ecuación entre Iglesia, Arquitectura y Estado imperial, que se resuelve en el concepto del Poder. Michael Grant también hace un exhaustivo examen de las diferentes edificaciones de Rávena, de Constantinopla y de toda la zona de influencia bizantina. Especial mención requieren también las murallas teodosianas de Constantinopla, así como las Murallas de Tracia.

También hace el autor un examen en la evolución del arte del retrato en la Antigüedad tardía, destacando, entre otros ejemplos, la colosal cabeza de mármol de Constantino (Museos Capitolinos, Roma) y los dípticos de marfil (el marfil Barberini -Louvre-). Otras artes de la época analizadas por el autor: la joyería, la musivaria y los tapices coptos.

El libro acaba con un reflexivo epílogo en el que M. Grant destaca el punto de inflexión del año 400 en la transición del mundo antiguo al mundo medieval. Compara la importancia que tuvo el 400 con la trascendencia histórica del año 2000. Siguen, por fin, tres interesantes apéndices que completan las diferentes fases explicativas del libro, así como una lista de personajes y de sucesos históricos más destacables, y una muy útil relación de fuentes literarias, tanto griegas como latinas, de la época.

Para acabar, debe decirse que Michael Grant nos presenta aquí una obra riquísima en erudición y en datos históricos. Es esta, en definitiva, una obra

que constitue un *manual imprescindible* para aquellos fascinados por el mundo de

la *Antigüedad tardía*, y, especialmente, en la historia del siglo V.

Sergi Llonch Castrillo

MENJOT, Denis i SANCHEZ MARTINEZ, Manuel (Coords.)

La Fiscalité des villes au Moyen Age (France Méridionale, Catalogne et Castille). 1. Etude des sources
Toulouse : Privat, 1996. 174 p.

Cet ouvrage réunit le fruit des recherches d'une équipe franco-espagnole travaillant sur la fiscalité urbaine, plus particulièrement sur l'impôt municipal. Ces travaux, faisant partie d'un programme commun appelé "Europe", établissent un inventaire des sources et une approche du système fiscal en France, en Catalogne et en Castille. Différents cas sont étudiés sous forme d'articles.

Dans l'ordre, J.-L. Biget et P. Boucheron exposent le cas de Najac (Rouergue) au XIII^e siècle en présentant les types de sources fiscales intéressantes et met en valeur la précocité de cette localité dans ce domaine.

M. Bochaca montrent les sources fiscales en Bordelais à travers l'exemple de Saint-Emilion (fin XV^e-début XVI^e): les sources indirectes puis les proprement fiscales et donne un inventaire complet de ces sources.

A. Collantes de Terán Sánchez s'est occupé de la documentation concernant les finances municipales de Séville. Il présente les deux séries de sources les plus importantes: les *Actas Capitulares* et les *libros de Mayordomazgo*. Les premiers regroupent les délibérations du Conseil et montrent la procédure allant des mesures financières à la reddition de comptes. Les seconds réunissent tous les documents relatifs à la gestion financière du Conseil. Pour finir, les registres notariaux complètent l'approche: on y trouve les reconnaissances de dettes.

Ch. Guilleré expose les sources financières et fiscales de Gérone en deux étapes. Il présente d'abord la documentation avant 1360 puis la typologie des sources fiscales, directes et indirectes.

G. Larguier s'est intéressé aux sources fiscales narbonnaises de la fin XIII^e au XV^e siècle, en s'appuyant principalement sur les registres des clavaires.

D. Menjot s'est penché sur le cas de Murcie en se basant sur les privilèges royaux, les *Actas Capitulares* et les documents comptables.

L'article de J. Morelló i Baget s'articule autour du *camp de Tarragona* en s'appuyant sur les sources fiscales telles que les estimés et les comptes de la taille et sur les sources financières que sont les livres de comptes.

P. Ortí Gost montre l'évolution de l'activité fiscale de Barcelone durant la première moitié du XIV^e siècle et décrit les sources utilisées. Il analyse le lien existant entre la documentation et les changements intervenus dans la fiscalité de la ville.

A. Rigaudière expose le cas de Saint-Flour à partir du livre de comptes des consuls. Il fait ressortir les thèmes principaux qui s'en dégagent: la taille, la fiscalité sur le vin, la gabelle des marchandises et les autres ressources (*gabelle des foires, fiscalité sur les forains*) et s'intéresse à la gestion et à l'affectation des revenus fiscaux.